

X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2013.

Los pueblos latinoamericanos como sujetos de la historia.

Elías Quinteros.

Cita:

Elías Quinteros (2013). *Los pueblos latinoamericanos como sujetos de la historia*. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/32>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

X Jornadas de Sociología de la UBA.

20 años de pensar y repensar la sociología
Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI
1 a 6 de Julio de 2013

Mesa: 2 - Sociologías Latinoamericanas

Título de la ponencia: Los *pueblos* latinoamericanos como *sujetos* de la historia

Autor: Quinteros, Elías Gabriel

Pertenencia institucional: Abogado - Egresado de la UBA

§1. Recientemente, al revisar unas fotografías, algo llamó mi atención. En una, vi que una muchedumbre o, dicho de otro modo, que una cantidad incalculable de personas ocupaba la Avenida 9 de Julio, durante los festejos del Bicentenario de la Revolución de Mayo. En otra, vi que una muchedumbre indignada, enardecida y decidida, descendía sobre la ciudad de Quito, con la intención de defender a Rafael Correa, de los que pretendían derrocarlo. En otra, vi que una muchedumbre teñida de celeste y blanco acompañaba el féretro de Néstor Kirchner hasta la Casa Rosada. Y en otra, parecida a la anterior, vi que una muchedumbre pintada de rojo acompañaba el féretro de Hugo Chávez hasta la Casa de los Sueños Azules. Es decir, en todas, percibí la presencia de muchedumbres o, quizás, las manifestaciones particulares de una muchedumbre única y mayor que, en el primer caso, aparecía como los afluentes finos y sinuosos que abandonan el trazado zigzagueante de su cauce e inundan las tierras aledañas, tanto las de un lado como las del otro, convirtiendo a la totalidad del paisaje en un mar de aguas tranquilas; que, en el segundo, asomaba como los torrentes violentos e incontenibles que bajan de las cumbres nevadas en la época del deshielo y arrollan cada cosa que aparece en su camino; y que, en el tercero y en el cuarto, emergía como los ríos anchos y mansos que atraviesan con lentitud la horizontalidad de una llanura y trasladan con pesadez la figura de un bote, un tronco o un camalote solitario. Esto me impulsó a pensar en las muchedumbres de la historia latinoamericana, en las que siguieron a Túpac Amaru II, José Gervasio Artigas, Alexandre Pétion, Francisco Solano López, *Pancho* Villa, Emiliano Zapata, Augusto César Sandino o Juan Domingo Perón. Y, además, me ayudó a comprender que nadie puede imaginar a ninguno de ellos, sin las muchedumbres que los acompañaron en algunos momentos de su existencia. Es cierto. La figura del líder es trascendental. Sin embargo, ningún individuo puede ejercer ese rol, aunque tenga la capacidad y la voluntad para hacerlo, si no interactúa con una muchedumbre que esté dispuesta a aceptar su liderazgo: algo que sólo sucede cuando ésta, la muchedumbre, siente que ese individuo, el líder, la escucha, la entiende, la interpreta, la representa y la conduce, en la medida de sus posibilidades. Tal circunstancia demuestra que, al utilizar este término, no aludo a una muchedumbre cualquiera o, expresado de otra manera, a un amontonamiento de personas que implica una suma accidental y momentánea de individualidades, sino a la manifestación física y, por ende, visible y palpable, de algo que es más vasto y más complejo que dicha manifestación: el *pueblo*. Este —en tanto realidad política y social que adquiere una visibilidad irresistible, contundente y desbordante, mediante el aspecto de

una muchedumbre—, es el protagonista auténtico de la historia de Latinoamérica: el *sujeto* que, de acuerdo a opiniones ya vertidas, forja día a día las páginas que la componen y, en algunas ocasiones específicas, otorga un voto de confianza a alguien para que lo arranque de la orfandad y lo conduzca a través de la vida, en las victorias y en las derrotas.

§2. La conceptualización del *pueblo*, a los efectos de su reconocimiento como un *sujeto* histórico, no es una tarea sencilla. Acá, no alcanza con afirmar que es el conjunto de personas de una nación o de una parte de la misma. Tal definición permite salir sigilosamente de un apuro. Pero, no dice mucho. Por esa causa, debemos esforzarnos un poco más. Al respecto, tomemos como muestra el caso de nuestro país que, por otra parte, es el caso que se encuentra al alcance de nuestras manos. Según un criterio social, el concepto de *pueblo* comprende a los que ocupan los estratos bajos de la clase media y los estratos bajos de la sociedad en general, los que no son pobres porque una línea delgada y difusa los separa de la pobreza, los que son pobres en sentido estricto, los que son indigentes y, en definitiva, los que reciben la denominación de desposeídos, carenciados, excluidos, sumergidos o marginados. Según un criterio económico, abarca a los que tienen una empresa o un comercio de dimensiones medianas o pequeñas; los que ejercen una profesión; los que trabajan como empleados, obreros, mineros o peones rurales; los que sobreviven como cuentapropistas; los que perciben una jubilación o una pensión que no implica una fortuna; y los que están desocupados. Y, según un criterio político, reúne a los que integran un partido político de orientación popular; un sindicato; un medio alternativo de comunicación; o una organización que defiende los derechos humanos, los derechos ambientales, los derechos de los usuarios y los consumidores, o los derechos de las mujeres, entre otros. Esta lista no agota los supuestos que la conforman. Sólo es ejemplificativa. Por otro lado, excluye a los que se identifican con ideales e intereses de individuos, grupos y sectores que no merecen la calificación de populares, nacionales y latinoamericanos: circunstancia que demuestra la actualidad de los juicios volcados por Arturo Jaurtche, en *El medio pelo en la sociedad argentina*.

§3. Algunos compatriotas creen que los que aparecen asociados a la idea de *pueblo*, desde los inicios de la patria e, incluso, desde los tiempos que la precedieron, responden a los estereotipos que yacen, por ejemplo, en *Conflicto y armonías de las razas en América*, de Domingo Faustino Sarmiento; o en *Las multitudes argentinas*, de José María Ramos Mejía; o en *Casa tomada*, de Julio Cortázar; o en *¿Qué es esto?*, de Ezequiel Martínez Estrada. O sea, atribuyen una cuota de veracidad a un conjunto de figuras irreales, producto de la imaginación y de la habilidad narrativa, que despiertan, separada o conjuntamente, el asombro, la curiosidad, la risa y el miedo. A diferencia de la imagen expuesta, una imagen ficticia que pone en evidencia la mirada prejuiciosa de las personas que los ven de ese modo, quienes encarnan al *sujeto* histórico, en tanto éste se comporta como tal, presentan trazos humanos: los mismos que fueron rescatados, entre otros, por Raúl Scalabrini Ortiz, en *El hombre que está solo y espera*; por Carlos Astrada, en *El mito gaucho*; por Rodolfo Kusch, en *América profunda*; por Eduardo Galeano, en *Las venas abiertas de América Latina*; por Justino O'Farrell, en *América Latina: ¿Cuáles son tus problemas?*; y por Alcira Argumedo, en *Los silencios y las voces en América Latina*. Dichos trazos los

convierten en seres comunes y corrientes, con virtudes y defectos, que llevan a cabo la empresa titánica de luchar por sus intereses: una gesta que escapa a los juicios que pretenden determinar si son *civilizados* o *bárbaros* y, en consecuencia, si son lindos o feos, inteligentes o estúpidos, delicados o torpes, buenos o malos, etc.

§4. El 17 de octubre de 1945 no es una fecha cualquiera. Por el contrario, identifica a un hecho que modificó la historia del país. El mismo —que fue descrito magistralmente, en *Los enemigos del pueblo argentino*, por el autor de *El hombre que está solo y espera*— muestra al pueblo, en su calidad de sujeto histórico, con una claridad incuestionable: “*Pasaban los días y la inacción aletargada y sin sobresaltos parecía justificar a los escépticos de siempre. El desaliento, húmedo y rastrero caía sobre nosotros como un ahogo de pesadilla. Los incrédulos se jactaban de su acierto. Ellos habían dicho que la política de apoyo al humilde estaba destinada al fracaso, porque nuestro pueblo era de suyo cicatero, desagradecido y rutinario. La inconmovible confianza en las fuerzas espirituales del pueblo de mi tierra que me había sostenido en todo el transcurso de mi vida, se disgregaba ante el rudo empujón de la realidad*”. “*Pensaba con honda tristeza en esas cosas en esa tarde del 17 de octubre de 1945. El sol caía a plomo cuando las primeras columnas de obreros comenzaron a llegar. Venían con su traje de fajina, porque acudían directamente de sus fábricas y talleres. No era esa muchedumbre un poco envarada que los domingos invade los parques de diversiones con hábito de burgués barato. Frente mis ojos desfilaban rostros, brazos membrudos, torsos fornidos, con las greñas al aire y las vestiduras escasas cubiertas de pringues, de restos de breas, grasas y aceites. Llegaban cantando y vociferando, unidos en la impetración de un solo nombre: Perón. Era la muchedumbre más heteróclita que la imaginación puede concebir. Los rastros de sus orígenes se traslucían en sus fisonomías. El descendiente de meridionales europeos iba junto al rubio de trazos nórdicos y al trigueño de pelo duro en que la sangre de un indio lejano sobrevivía aún. El río cuando crece bajo el empuje del sudeste disgrega su enorme masa de agua en finos hilos fluidos que van cubriendo los bajíos y cilancos con meandros improvisados sobre la arena en una acción tan minúscula que es ridícula y desdeñable para el no avezado que ignora que ése es el anticipo de la inundación. Así avanzaban por la Avenida de Mayo, por Balcarce, por la Diagonal*”. “*Un pujante palpar sacudía la entraña de la ciudad. Un hálito áspero crecía en densas vaharadas, mientras las multitudes continuaban llegando. Venían de las usinas de Puerto Nuevo, de los talleres de Chacarita y Villa Crespo, de las manufacturas de San Martín y Vicente López, de las fundiciones y acerías del Riachuelo, de las hilanderías de Barracas. Brotaban de los pantanos de Gerli y Avellaneda o descendían de las Lomas de Zamora. Hermanados en el mismo grito y en la misma fe iban el peón de campo de Cañuelas y el tornero de precisión, el fundidor, el mecánico de automóviles, la hilandera y el peón. Era el subsuelo de la patria sublevado. Era el cimiento básico de la nación que asomaba, como asoman las épocas pretéritas de la tierra en la conmoción del terremoto. Era el substracto de nuestra idiosincrasia y de nuestras posibilidades colectivas allí presente en su primordialidad sin recatos y sin disimulos. Era el de nadie y el sin nada en una multiplicidad casi infinita de gamas y matices humanos, aglutinados por el mismo estremecimiento y el mismo impulso, sostenidos por una misma verdad que una sola palabra traducía: Perón*”.

§5. Según lo dicho hasta aquí, el *sujeto* de la historia no es el *sujeto* del liberalismo clásico. No es el *individuo* que lucha contra el *Estado*. Ni es el emblema de la Revolución Francesa. Su definición no explica la participación de las masas que formaron los ejércitos republicanos y, luego, los ejércitos napoleónicos, con el objeto de enfrentar a las fuerzas del Antiguo Régimen: realidad que resulta más amplia que la noción de *individuo* o, si se prefiere, que la noción de *ciudadano*. Asimismo, no es el sujeto del marxismo tradicional. No es el *proletariado* que lucha contra la *burguesía*. Ni es el emblema de la Revolución Bolchevique. Su conceptualización no explica la intervención de las masas que formaron los ejércitos revolucionarios con el objeto de enfrentar a las tropas blancas y, después, a las tropas nazis: cuestión que es más amplia que la noción de *clase proletaria* e, incluso, que la versión de la misma que no sólo comprende a los *obreros*, sino que también involucra a los *soldados* y a los *campesinos*. No, no es ninguno de esos. Es el *sujeto* de los procesos de liberación nacional. Es el *pueblo* que lucha contra un *imperio*. Es el emblema de las revoluciones americanas, africanas y asiáticas. Y, por eso, es el símbolo de los procesos revolucionarios que lidiaron en este continente con el Imperio Español, el Imperio Portugués, el Imperio Británico, el Imperio Francés y el Imperio Estadounidense: panorama que, aunque resulta más amplio que la idea de *individuo* y la idea de *clase*, no las niega, sino que las comprende y las supera. La existencia de un *pueblo* en lucha con un *imperio* implica la existencia de varias *clases dominadas* en lucha con varias *clases dominantes* que están aliadas a ese *imperio*. Y, a su vez, la existencia de éstas implica la existencia de muchos *individuos* en lucha con un *Estado* que está al servicio de esas *clases* y de ese *imperio*. Esto demuestra por qué no es posible explicar la actuación de hombres y mujeres que no son *individuos* desde el punto de vista liberal, ni la actuación de agrupamientos que no son *clases sociales* desde el punto de vista marxista. Por ejemplo, aquí, en la Argentina, ¿quién puede compatibilizar la noción de *individuo* con la imagen de los que conformaron el ejército sanmartiniano, las montoneras federales, la Unión Cívica Radical o el Movimiento Nacional Justicialista? ¿Y quién puede compatibilizar la noción de *clase* con la imagen de ese ejército, de esas agrupaciones o de esas expresiones sociales y políticas?

§6. Desde una perspectiva racial y étnica, el *pueblo*, en tanto *sujeto*, es presentado frecuentemente, como el protagonista de la historia correspondiente a *Hispanoamérica*, *Iberoamérica*, *Latinoamérica*, *Indoamérica* o *Afroamérica*. Y, desde una perspectiva geográfica, es presentado con una habitualidad similar, como el protagonista de la historia correspondiente a *América* o, con más precisión, a la suma de *Sudamérica* y *Centroamérica*. Pero, ninguna de estas presentaciones lo exhibe con justeza. A diferencia de los que proceden de ese modo, nosotros no podemos calificarlo como una manifestación exclusiva y excluyente de lo *hispanoamericano*, lo *iberoamericano* o lo *latinoamericano*, es decir, de lo español, de español y lo portugués, o de lo español, lo portugués y lo francés, con un tinte americano. Ni podemos calificarlo como una manifestación exclusiva y excluyente de lo *indoamericano* o de lo *afroamericano*, es decir, de lo indio o de lo africano, con un tinte idéntico. Con relación a esto último, la categorización de este *sujeto* como representante de *Indoamérica* trata de establecer una diferenciación entre lo *indio* que pertenece a América y lo *indio* que pertenece a la India o, en un sentido amplio, al Asia, es decir, a lo *indoa-*

siático. Sin embargo, tal caracterización gira alrededor del término *indio*: un término que no goza de aceptación en estos días. Y, por eso, es reemplazo en muchos casos por las palabras *nativo*, *indígena* o *aborigen* (que no aluden a ningún lugar en particular), o por la expresión *integrante de los pueblos originarios* (que no concuerda con la realidad histórica ya que los primeros pobladores de América no aparecieron espontáneamente, sino que llegaron a ella, desde los territorios asiáticos, tras cruzar el Estrecho de Bering o el Océano Pacífico). Por su parte, la categorización como representante de *Afroamérica* no procura aludir a la totalidad de lo africano, sino tan sólo a lo vinculado con el *Africa Negra* y, por ende, con lo *negro*: palabra que resulta cuestionable por obra de quienes suelen emplearla con una connotación despectiva. A semejanza de lo sucedido con la utilización del criterio racial y étnico, tampoco podemos calificarlo como la exteriorización absoluta de lo *americano*, aunque esto consista en la reunión de lo *sudamericano* y lo *centroamericano*, porque la alusión a *América*, sin ninguna aclaración, nos obliga a incluir lo estadounidense y lo canadiense. Por otro lado, la alusión a *Sudamérica* y a *Centroamérica*, además de ser inconveniente como consecuencia de su extensión gráfica, nos obliga a excluir lo mexicano: una realidad que está ubicada en *Norteamérica*. De una manera irrefutable, la imposibilidad de caracterizarlo y, en especial, de hacerlo con alguna de las definiciones habituales, nos demuestra que estamos ante un misterio que demanda una denominación que lo identifique con claridad y lo defina con exactitud.

§7. A lo largo de quinientos años, aproximadamente, los *pueblos* de América lucharon por la libertad, la independencia política, el desarrollo económico, la justicia social y, en definitiva, la grandeza y la felicidad. A veces, lo hicieron para conquistar esas bendiciones; a veces, para defenderlas; y, a veces, para recuperarlas. En algunos casos, saborearon la dulzura del triunfo. En otros, descubrieron la amargura del fracaso. Y, por ello, padecieron las consecuencias de la dominación, desde la más sutil hasta la más desembozada. Pero, siempre resistieron. Siempre soñaron con un futuro más venturoso. Y siempre resurgieron. Los que ganaron momentáneamente, aunque la duración de su triunfo fuese prolongada, no pudieron lograr que la historia interrumpiese el derrotero de su marcha y, mucho menos, que deshiciese el camino recorrido. Cada batalla librada por los *pueblos* de esta parte del mundo, más allá de su resultado circunstancial y de su trascendencia final, contribuyó al desarrollo de un proceso histórico que tiene como logro más reciente a la constitución de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, es decir, a la constitución de un organismo que, al simbolizar la unión de los treinta y tres Estados soberanos que se encuentran al sur del río Bravo, representa uno de los actos de autodeterminación más importantes de los pueblos del continente. Por eso, la América de Cristina Fernández, José Pepe Mujica, Dilma Rousseff, Evo Morales, Rafael Correa, Nicolás Maduro y Raúl Castro, entre otros, no es el resultado de un acontecimiento accidental. Es la consecuencia de esa sucesión de batallas que principió al día siguiente de la llegada de Cristóbal Colón.

§8. A comienzos del siglo XIX, en el continente, los *pueblos* encararon una gesta común y, por ende, inédita: la instrumentación del proceso de su emancipación. Durante años, tales *pueblos* —que no se hallaban formados por exponentes de una única raza o una única etnia, sino por indios, blancos, negros, mes-

tizos, mulatos y zambos, que traslucían sus caracteres americanos y sus raíces asiáticas, europeas y africanas—, experimentaron las vicisitudes de la guerra, con la convicción de pertenecer a un *todo* que otorgaba un sentido a su existencia y a su lucha. Pero, esta gesta tan extraordinaria —que se destacó por su duración, su dimensión, su desarrollo y sus consecuencias—, no constituyó un fenómeno aislado. En ese período, al otro lado del Atlántico, el *pueblo* francés, sostén de la revolución de 1789, enfrentó en más de una ocasión, a los ejércitos de las coaliciones que fueron levantadas por el Reino Unido, defendiendo a un imperio que, al igual que la totalidad de los imperios, se había expandido a costa de los *pueblos* que podían reportarle un beneficio. En la Península Ibérica, el *pueblo* español o, mejor dicho, el *pueblo* español de Europa, echó a los ejércitos franceses que habían invadido y ocupado su territorio, protagonizando escenas tan dramáticas como las que quedaron plasmadas en las pinturas de Francisco Goya. Y, en el extremo opuesto del *Viejo Mundo*, en la tierra de los zares, el *pueblo* ruso, con la ayuda del invierno, derrotó a Napoleón y a las fuerzas militares que lo habían acompañado, concretando el milagro de vencer al emperador imbatible. Por desgracia, durante el resto del siglo y durante el siglo siguiente, la unidad mostrada por los *pueblos* americanos sólo constituyó un recuerdo.

§9. Si adquieren una cuota de visibilidad, en algunas circunstancias históricas, mediante la actuación de una muchedumbre; si consisten en una amalgama de clases sociales, sectores económicos y organizaciones políticas, sindicales y de otra índole, que dificultan su definición; si no concuerdan con los estereotipos que fueron creados por la *historia oficial*; si tienen uno de sus ejemplos más notorios, en los acontecimientos que se produjeron el 17 de octubre de 1945; si no corresponden al *sujeto* histórico del liberalismo clásico, ni al *sujeto* histórico del marxismo tradicional; si no admiten la calificación de *hispanoamericanos*, *iberoamericanos*, *latinoamericanos*, *indoamericanos*, *afroamericanos* o *americanos* a secas; si poseen un pasado que atesora las victorias y las derrotas que se sucedieron durante quinientos años; y si conservan, a pesar del tiempo transcurrido, el recuerdo de una unidad perdida; debemos entender que los *pueblos* latinoamericanos —a los que designamos de esa manera, no obstante las objeciones efectuadas, porque no tenemos una denominación más adecuada—, constituyen algo único, novedoso y, en cierto modo, extraño. Quizás, esto último cambie con el transcurso del tiempo. Quizás, cada uno de nosotros aprenda a conocerlos y a comprenderlos con una precisión mayor. Y, quizás, el sistema educativo, según lo deseado por Carla Wainszok, contenga finalmente una signatura que tenga por objeto a las *pedagogías latinoamericanas* y que, por ello, contribuya al estudio y al esclarecimiento de esta cuestión. Esperemos que todo acontezca de ese modo. Esforcémonos para que todo resulte así. Mas, no caigamos en la angustia. Al fin y al cabo, los *pueblos*, por suerte, seguirán escribiendo las páginas de la historia.

Bibliografía

Argumedo, A. (1993). *Los silencios y las voces en América Latina. Notas sobre el pensamiento nacional y popular*. Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional.

Astrada, C. (1994). *El mito gaucho*. Buenos Aires: Secretaría de Cultura de la Nación/Editorial Catari.

Cortazar, J. (1993). *Bestiario*. Buenos Aires: Página/12.

Galeano, E. (1985). *Las venas abiertas de América Latina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Jauretche, A. (1987). *El medio pelo en la sociedad argentina (Apuntes para una sociología nacional)*. Buenos Aires: Peña Lillo Editor.

Kusch, R. (1999). *América profunda*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Martínez Estrada, E. (2005). *¿Qué es esto? Catilinaria*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional/Ediciones Colihue.

O'Farrell, J. M. (1976). *América Latina: ¿Cuáles son tus problemas?* Buenos Aires: Editora Patria Grande.

Ramos Mejía, J. M. (1952). *Las multitudes argentinas*. Buenos Aires: Editorial Guillermo Kraft Limitada.

Sarmiento, D. F. (1946). *Conflicto y armonías de las razas en América*. Buenos Aires: Editorial Intermundo.

Scalabrini Ortiz, R. (1973). *El hombre que está solo y espera*. Buenos Aires: Editorial Plus Ultra.

Scalabrini Ortiz, R. (1972). *Yrigoyen y Perón*. Buenos Aires: Editorial Plus Ultra.